



¿Dónde está la mano blanca

que en mi camisa bordada  
 suspiró sobre el Azul  
 con hebras de sangre y plata?  
 Sus lirios de carne joven  
 los ha devorado el alba...  
 ¿Dónde estará aquella novia  
 que en los senos ocultaba  
 mi pistola de escuadrista  
 cuando en la calle asustada  
 las Hoces y los Martillos  
 por las esquinas rondaban?  
 ¿Dónde están aquellos ojos,  
 espejo de mi esperanza?  
 Sus ojos de verde llanto  
 los ha devorado el alba.  
 Cayó en la Casa de Campo  
 por mi amor asesinada  
 perfumada de encinares  
 y brisas de madrugada.  
 La mataron –porque era  
 falangista y me adoraba–  
 cinco fusiles del odio  
 que en su pecho me buscaban.

La muerte –banderas rojas–  
por el encinar vagaba  
–tibias con medias de seda–  
vestida de miliciana.  
Mi nombre se hizo lamento  
al salir de su garganta.  
Y nadie cerró sus ojos,  
y nadie sintió sus lágrimas.  
Mañanitas del Retiro,  
domingos en la montaña,  
noches de alegres verbenas,  
tardes de la Castellana.  
¡Todo se acabó aquel día  
madrileño, con el alba!  
¿Dónde están aquellos labios  
que mis heridas besaban?  
¿Dónde está la mano blanca  
que en mi Camisa bordaba?  
Los dientes de mi puñal  
la buscan en las batallas.  
Y cuando el plomo desgarre  
la Camisa Azul bordada,  
por los lirios de sus manos,  
con hebras de sangre y plata.  
Caballero sobre el Sol  
por el cielo iré a buscarla  
con cinco Flechas de luz  
como un Amadís de Gaula.